

El desafío de formar el ciudadano patriota

Luis Alberto Romero

Conferencia en el III Congreso Nacional de Educación. II Internacional, organizado por la Universidad nacional de Córdoba y la Unión de Educadores de la provincia de Córdoba. Córdoba, 3,4 y 5 de octubre de 2002.

Tradicionalmente la enseñanza de la historia ha tenido dos objetivos: el conocimiento crítico del pasado y la formación de los valores del ciudadano. Entre ambos hay a la vez una complementación y una tensión, que reproduce aquella otra existente entre la memoria histórica –facultad de todos para imaginar su pasado, de acuerdo con valores y propósitos– y el saber histórico, tarea especializada, regida por la búsqueda rigurosa de la verdad, nunca alcanzada completamente. Una y otra coexisten en las mismas personas, en tensión productiva.

Respecto de los valores cívicos, a lo largo de los siglos XIX y XX ha habido algunas flexiones y cambios importantes. En los orígenes, se trataba del patriotismo de los ciudadanos, conscientes constructores de una comunidad política regida a reglas, normas y leyes establecidas por ellos mismos. Era el patriotismo de la Constitución, propuesto y ofrecido a “todos los hombres del mundo”, sin distinción de raza, lengua o religión.

Desde comienzos del siglo XX se desarrolló una segunda forma de patriotismo, que buscó centrarse en un rasgo esencial común, que definiera la nacionalidad. La búsqueda de ese rasgo movilizó a los actores más diversos: intelectuales, movimientos políticos, Fuerzas Armadas, Iglesia. ¿Quién se resistió a la tentación de ser la “legítima representación de la nación”? Más que punto de unidad e integración, fue tema de discordias y conflictos, pues cada enunciador de la unidad se sentía tentado a excluir a alguien de la identidad nacional. A la vez, fundamentó un nacionalismo chauvinista e intolerante. Puede mostrarse como nuestra cultura política se tiñó progresivamente de esta concepción y derivó en prácticas cada vez más autoritarias y violentas. Esta concepción penetró, con las naturales mediaciones, en la enseñanza de la historia y en muchas otras prácticas escolares.

Después de 1983, mientras se construía un sistema político democrático sin antecedentes en la Argentina, se revisaron muchas de esas concepciones. Respecto de la enseñanza de la historia, hubo un movimiento –coincidente con lo que eran las corrientes dominantes en el saber histórico– de transformar la noción de nación, haciéndola menos “natural” (es decir una esencia preexistente) y más “histórica”: el producto de una serie de acciones sucesivas, contradictorias y acumulativas de distintos protagonistas. Esto coincidió con un movimiento más general de “humanización” de los próceres, que dejaron de ser figuras inmarcesibles y lejanas para convertirse en gente muy meritoria, pero no tan distinta de cada uno de nosotros.

Por otra parte, hubo una práctica de tipo cívico que apuntó al aborrecimiento de la última dictadura militar y sus acciones, y a la vez, inversamente, de valoración de la democracia. Aquí primó lo valorativo por sobre lo analítico. Por ejemplo, los dirigentes de la última dictadura militar habrían sido los únicos responsables de los males de la Argentina, sin conexión con ideas, prácticas o procesos de la sociedad, que una mirada más atenta habría descubierto que eran previos y también posteriores a ellos.

Una de las consecuencias de esta revisión del pasado reciente ha sido una imagen acrítica de la democracia como sistema político. En el origen fue la panacea, la solución de todos los problemas, la versión invertida del sumo mal del “Proceso”. Luego, al constatar que esos problemas seguían presentes y que los gobiernos democráticos no disponían de la “varita mágica”, se pasó a una imagen desencantada, luego una muy crítica y –me parece posible que estemos en las puertas de una imagen condenatoria. Respecto de la historia, la crítica a la “historia oficial” y la “humanización de los héroes” no fue remplazada por otro relato histórico coherente y alternativo. Los libros de texto recientes, precisamente, reemplazan el relato por el zapping. Amen de otros prejuicios intelectuales (¿quién enseña a los chicos a leer?), esto contribuye a una imagen desencantada del pasado, que se prolonga al presente. Me da la impresión de que la consigna “que se vayan todos” resume ambos desencantamientos.

Quienes en su momento –y yo entre ellos- se propusieron mejorar la calidad de la enseñanza de la historia acentuando la dimensión crítica, deben ahora pensar en aquel segundo aspecto mencionado al principio: la formación del ciudadano patriota. No se trata de volver a las versiones esencialistas, intolerantes, autoritarias y chauvinistas del nacionalismo, que hemos criticado. Pero si de reflexionar acerca de las cosas básicas que mantienen unida a una comunidad, puesto que la crisis actual nos muestra que están amenazadas, y que no hay ninguna ley universal que asegure la continuidad de una comunidad nacional. Ese patriotismo al que hay que volver a dar fuerza requiere en primer lugar una afirmación, conocimiento y valoración de los valores de la Constitución, las leyes y todo aquello propio del contrato con el que, voluntariamente, hemos querido construir una comunidad política. Ello incluye un conocimiento de los derechos de los contratantes, pero sobre todo –lo más olvidado- de los deberes. También requiere una versión coherente y creíble de nuestro pasado histórico en la que, sin caer en la idea de los héroes míticos, se destaque el lento y contradictorio proceso de construcción de nuestra comunidad nacional.

Según una conocida frase de Ernest Renan, la nación es un plebiscito cotidiano. Quería decir en primer lugar que nada aseguraba su permanencia, y en segundo lugar que cada acción diaria de cada uno de sus ciudadanos y habitantes implica un voto a favor o en contra de esa continuidad. Me parece que este debería ser punto central de una reconsideración de la enseñanza de la historia y del civismo, para formar el ciudadano patriota, conocedor crítico y a la vez comprometido con su patria.